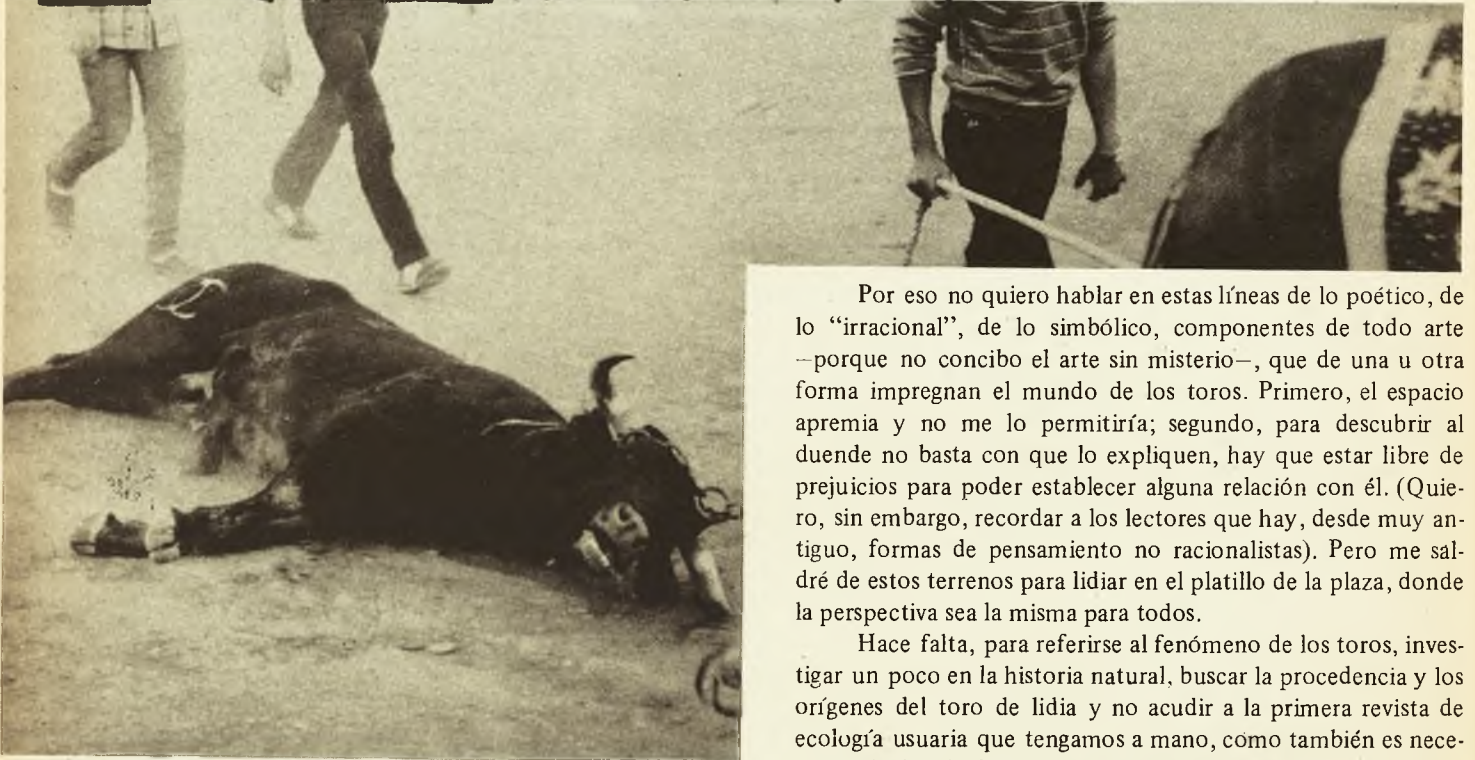


ELOGIA

A lo largo de la historia el hombre ha soñado y forjado un sinfín de instrumentos... Ha creado la espada y el arado, prolongaciones del brazo del hombre que los usa.

J. L. Borges



Vivimos unos tiempos muy desconcertantes. Basta con ser medianamente observadores para darse cuenta de ello y que los ejemplos aparezcan ante nuestra vista. A quince años del famoso siglo XXI, en plena integración en una nueva revolución tecnológica —algunos dicen que será la última— que está trastornando y dividiendo al mundo entre seguidores y detractores, un espectáculo, aparentemente tan anacrónico como el de los toros, es capaz de provocar no sólo ríos de tinta sino persecuciones que quedan a escasa distancia de lo cruento. Pero vaya por delante que no comparto persecución ni anatema alguna.

En nuestro famoso Siglo de Oro, un poeta español escribió este terceto:

Jineta y cañas son contagio moro;
restitúyanse justas y torneos
y hagan paces las capas con el toro.

Es lógico pensar que la protesta y el repudio que el poeta hace de los juegos de toros no tiene significación ecológica porque el concepto, de existir entonces, estaría en un estado embrionario muy primitivo, y al no existir de derecho tampoco es lógico pensar que existiese el término que lo designa. Y es cierto que así suceda, al menos hasta la segunda mitad del siglo pasado en que aparecen ambos de manos de un científico alemán, integrándolos como parte en la Biología, en un momento que el cientifismo positivista y el pensamiento racionalista, que van a caracterizar a nuestro civilizado Occidente, luchan por ocupar un puesto clave y de máxima preponderancia en el universo de todas las culturas terrenales.

Por eso no quiero hablar en estas líneas de lo poético, de lo "irracional", de lo simbólico, componentes de todo arte —porque no concibo el arte sin misterio—, que de una u otra forma impregnan el mundo de los toros. Primero, el espacio apremia y no me lo permitiría; segundo, para descubrir al duende no basta con que lo expliquen, hay que estar libre de prejuicios para poder establecer alguna relación con él. (Quiero, sin embargo, recordar a los lectores que hay, desde muy antiguo, formas de pensamiento no racionalistas). Pero me saldré de estos terrenos para lidiar en el platillo de la plaza, donde la perspectiva sea la misma para todos.

Hace falta, para referirse al fenómeno de los toros, investigar un poco en la historia natural, buscar la procedencia y los orígenes del toro de lidia y no acudir a la primera revista de ecología usuaria que tengamos a mano, como también es necesario olvidar desfasadas y decimonónicas teorías psicologistas sobre el comportamiento humano, mucho más complejo de lo que nuestros ecologistas locales nos quieren hacer ver al identificarnos con peligrosísimos criminales por el mero hecho de ir a las plazas de toros. Yo sólo pido que se respeten las manifestaciones culturales específicas de todos los grupos humanos, porque esa es una forma también de prodigar el respeto que el hombre se merece, y que nadie intente imponer un modelo de civilización sobre otros por una razón que resulta obvia, aunque en apariencia resulte confusa y paradójica: hoy menos que ayer, los límites entre civilización y salvajismo no están definidos con claridad. La prueba está en quién nos ha puesto al borde del holocausto nuclear. No han sido las civilizaciones cuyas manifestaciones culturales —y no me refiero sólo a los toros— se exteriorizan rodeadas de una discutible crueldad, como tampoco ha sido en esos pueblos donde han surgido los colectivos, las reivindicaciones ecologistas de tipo moral como algo necesario e imprescindible. Y motivos, desde luego, no les faltan gracias al civilizado hombre blanco que durante siglos se encargó de alterar unos ecosistemas donde el hombre era un eslabón más de la cadena, no el mejor.

Hace muchísimos años existió un continente. Aquel continente tenía una península que conducía a la morada del sol. Los hombres llamaron Asia al continente y Europa a la península, en memoria de una antigua diosa. En estas tierras, desde Polonia a Francia y desde Alemania a España, vivió una especie bovina. Hoy sus últimos restos se mantienen sin peligro de extinción en España y Portugal.

Edmundo Comino Atienza.